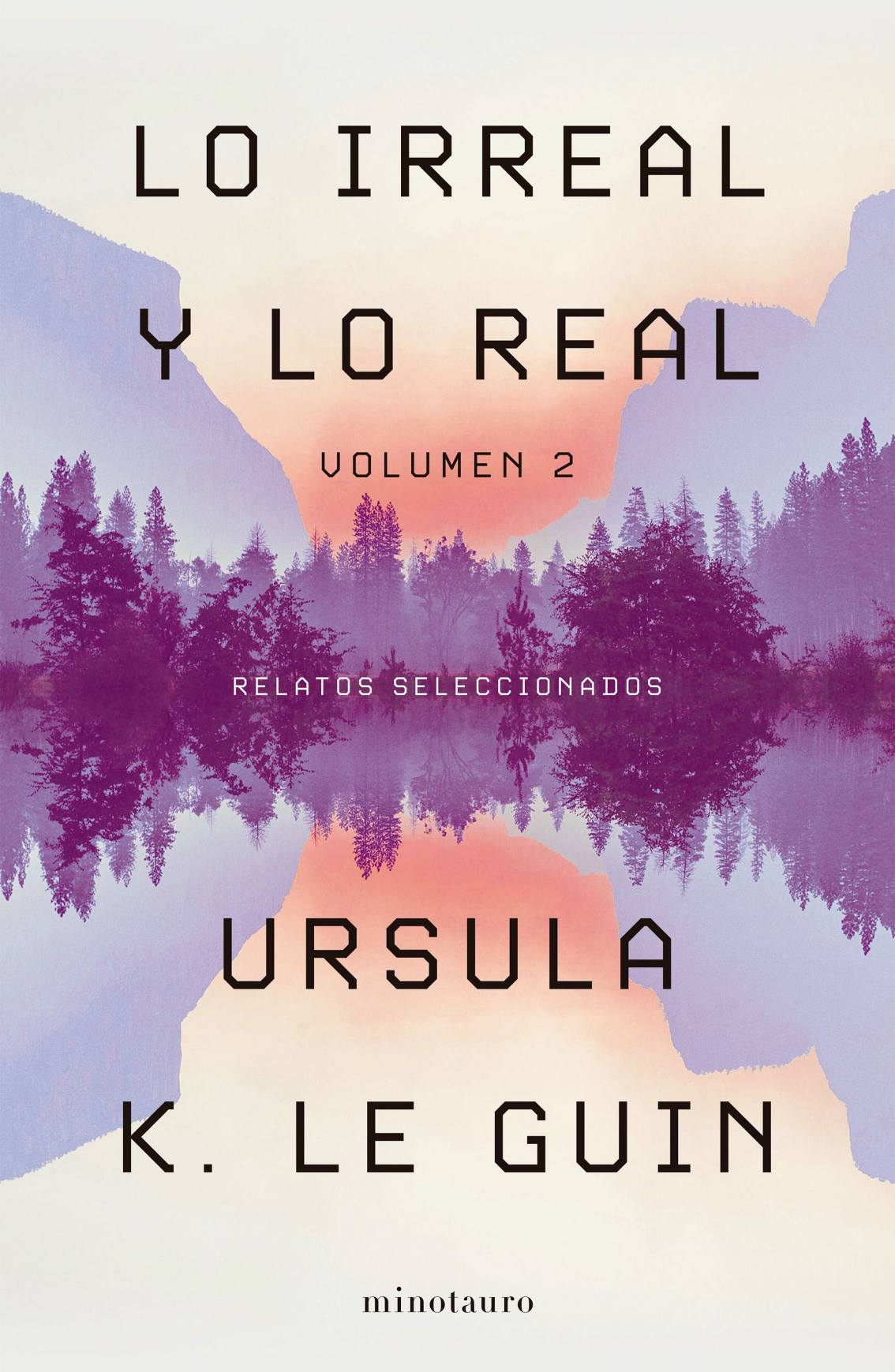


The background of the book cover features a stylized, layered illustration. At the top, there are silhouettes of jagged mountains in shades of light blue and purple. Below the mountains is a dense forest of evergreen trees, also in similar muted colors. The bottom portion of the cover is a solid, warm-toned area in shades of orange, red, and yellow, which appears to be a reflection or a separate layer of the landscape above. The overall aesthetic is ethereal and dreamlike.

LO IRREAL

Y LO REAL

VOLUMEN 2

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA

K. LE GUIN

minotauro

LO IRREAL

Y LO REAL

VOLUMEN 2

RELATOS SELECCIONADOS

URSULA

K. LE GUIN

minotauro

Sumario

ESPACIO EXTERIOR, TIERRAS INTERIORES

Introducción	11
1. Quienes se marchan de Omelas	17
2. El collar de Semley	25
3. Nueve vidas	49
4. Laberintos	81
5. El primer contacto con los gorgónidos	87
6. La historia de los shobis	97
7. Traiciones	129
8. La cuestión de Seggri	167
9. Soledad	213
10. Las chicas salvajes	245
11. Los voladores de Gy	281
12. El silencio de los asonu	297
13. El ascenso de la Cara Norte	305
14. La autoría de las semillas de acacia	309
15. El cuento de la esposa	319
16. La regla de los nombres	325
17. Poco cambio	339
18. El furtivo	347

19. Sur	365
20. Ella los des nombra.	383
21. La jarra de agua	387

Quienes se marchan de Omelas

(Variaciones sobre un tema de William James)

Con un clamor de campanas que provocó que las golondrinas se elevaran por los aires, la Fiesta del Verano llegó a la ciudad de Omelas, coronada por brillantes torres junto al mar. Los aparejos de los barcos en el puerto relumbraban con banderas. En las calles, entre casas con techos rojos y paredes pintadas, entre viejos jardines cubiertos de musgo y bajo avenidas de árboles, más allá de los grandes parques y los edificios públicos, avanzaban las procesiones. Algunas eran decorosas: ancianos con túnicas largas y rígidas de color malva y gris, maestros obreros de rostro grave, mujeres tranquilas y alegres cargando a sus bebés y charlando mientras caminaban. En otras calles, la música sonaba con más rapidez, el centelleo de gongs y panderetas, y la gente iba bailando, la procesión era un baile. Los niños entraban y salían esquivando a la gente, sus gritos agudos se elevaban como los vuelos de las golondrinas que se cruzaban sobre la música y el canto. Todas las procesiones continuaron hacia el lado norte de la ciudad, donde en la gran pradera de agua llamada los Campos Verdes niños y niñas, desnudos en el aire brillante, con pies y tobillos manchados de barro y brazos largos y ágiles, hacían trotar a sus inquietos caballos antes de la carrera. Los caballos no llevaban ninguna clase de arreos, excepto un ronزال sin bocado. Llevaban las crines trenzadas con cintas de plata, oro y verde. Ensanchaban los ollares y brincaban

y se retaban los unos a los otros; estaban muy nerviosos, ya que el caballo es el único animal que ha adoptado nuestras ceremonias como propias.

Lejos, al norte y al oeste, las montañas se alzaban rodeando Omelas en el centro de la bahía. El ambiente de la mañana era tan claro que la nieve que todavía coronaba los Dieciocho Picos ardía con fuego de oro blanco a través de los kilómetros de aire iluminado por el sol, bajo el azul oscuro del cielo. Había suficiente viento para que los estandartes que marcaban el recorrido de la carrera chasquearan y ondearan de vez en cuando. En el silencio de los amplios prados verdes se podía oír la música que serpenteaba por las calles de la ciudad, que se alejaba y se acercaba, aproximándose cada vez más, una alegre y tenue dulzura del aire que de vez en cuando retemblaba y se acumulaba y restallaba con el jubiloso repique de las campanas.

¡Jubiloso! ¿Cómo se puede hablar del júbilo? ¿Cómo describir a la ciudadanía de Omelas?

Verás, no eran gente sencilla, aunque eran felices. Pero ya no pronunciamos mucho las palabras de alegría. Todas las sonrisas se han vuelto arcaicas. Dada una descripción así, se tiende a hacer ciertas suposiciones. Dada una descripción así, se tiende a buscar a continuación al rey, montado en un espléndido semental y rodeado de sus nobles caballeros, o quizá en una litera dorada que lleva un esclavo musculoso. Pero no había rey. No usaban espadas ni tenían esclavos. No eran bárbaros. No conozco las reglas y leyes de su sociedad, pero sospecho que eran singularmente pocas. Lo mismo que vivían sin monarquía y sin esclavitud, también se las arreglaban sin la bolsa de valores, la publicidad, la policía secreta y la bomba. Sin embargo, repito que no se trataba de gente sencilla, ni de pastores armoniosos, nobles salvajes o débiles utópicos. No eran menos complejos que nosotros. El problema es que tenemos la mala costumbre, alentados por pedantes y sofisticados, de considerar la felicidad como algo bastante estúpido. Solo el dolor es intelectual, solo el mal es interesante. Esta es la traición del artista: una negativa a admitir la banalidad del mal y el terrible aburrimiento del dolor. Si no puedes vencerlos, únete a ellos. Si duele, repítelo. Pero alabar la desesperación es condenar el deleite, abrazar la violencia es perder todo lo demás. Casi hemos perdido el control; ya no podemos describir a una persona feliz

ni manifestar ninguna celebración de alegría. ¿Cómo puedo hablaros sobre la gente de Omelas? No eran niños ingenuos y felices, aunque sus hijos eran, de hecho, felices. Eran adultos maduros, inteligentes y apasionados cuyas vidas no eran lamentables. ¡Oh, milagro! Pero me gustaría poder describirlos mejor. Ojalá pudiera convencerte. Omelas suena con mis palabras como una ciudad en un cuento de hadas, hace mucho tiempo y muy lejos, érase una vez. Quizá sería mejor si la imaginaras según tu propia fantasía, suponiendo que estará a la altura de la ocasión, porque ciertamente no puedo satisfacer a todos. Por ejemplo, ¿qué hay de la tecnología? Creo que no habría coches ni helicópteros en las calles ni por encima de ellas; esto se deriva del hecho de que la gente de Omelas es gente feliz. La felicidad se basa en una justa discriminación entre lo que es necesario, lo que no es necesario ni destructivo y lo que es destructivo. En la categoría media, sin embargo, la de lo innecesario pero no destructivo, la de la comodidad, el lujo, la exuberancia, etc., podrían perfectamente tener calefacción central, trenes subterráneos, lavadoras y todo tipo de dispositivos maravillosos que aún no se han inventado aquí, fuentes de luz flotantes, energía sin combustible, una cura para el resfriado común. O podrían no tener nada de eso: no importa. Como prefieras. Me inclino a pensar que la gente procedente de los pueblos de toda la costa ha estado llegando a Omelas durante los últimos días previos al festival en pequeños trenes muy veloces y en tranvías de dos pisos, y que la estación de tren de Omelas es en realidad el edificio más hermoso de la ciudad, aunque más sencillo que el magnífico Mercado de Granjeros. Pero incluso admitiendo los trenes, me temo que Omelas hasta ahora les parecerá a algunos una sosería. Sonrisas, campanas, desfiles, caballos, bah. Si es así, agrega una orgía. Si una orgía puede ayudar, no lo dudes. No tengamos, sin embargo, templos de los que broten hermosos sacerdotes y sacerdotisas sin ropa ya medio en éxtasis y con disposición a copular con cualquier hombre o mujer, amante o desconocido, que desee la unión con la deidad profunda de la sangre, aunque esa fue mi primera idea. Pero la verdad es que sería mejor no tener templos en Omelas, al menos, no templos con gente. Religión sí, pero clero no. Seguro que la hermosa desnudez puede simplemente deambular ofreciéndose como *soufflés* divinos para el hambre de la gente necesitada y el rapto de la car-

ne. Que se unan a las procesiones. Que se toquen las panderetas por encima de las cúpulas, y que la gloria del deseo se proclame con los gongs, y (una cuestión no menos importante) que la descendencia de estos deliciosos rituales sea amada y cuidada por todos. Una cosa que sé que no existe en Omelas es la culpa. Pero ¿qué más debería haber? Al principio pensé que no había drogas, pero eso es puritano. Para aquellos a quienes les gusta, la tenue dulzura insistente del *drooz* puede perfumar las calles de la ciudad, un *drooz* que primero aporta una gran ligereza y brillo a la mente y a las extremidades, y más tarde, después de algunas horas, una languidez soñadora y, por fin, unas maravillosas visiones de los mismos arcanos y secretos más íntimos del universo, además de llevar el placer del sexo más allá de lo creíble; y no crea hábito. Para los gustos más modestos creo que debería haber cerveza. ¿Qué más, qué más existe en una ciudad alegre? La sensación de victoria, sin duda, la celebración de la valentía. Pero, al igual que prescindimos del clero, lo haremos de los soldados. El júbilo que se basa en una matanza victoriosa no es el tipo de júbilo correcto; no servirá; es espantoso y trivial. Una alegría ilimitada y generosa, un triunfo magnánimo sentido no contra un enemigo externo, sino en comunión con lo mejor y más hermoso en las almas de todos los seres humanos en todas partes y el esplendor del verano del mundo: eso es lo que llena los corazones de la gente de Omelas, y la victoria que celebran es la de la vida. En realidad, no creo que muchos de ellos necesiten tomar *drooz*.

La mayoría de las procesiones ya han llegado a los Campos Verdes. Un maravilloso olor a comida sale de las carpas rojas y azules de los proveedores. Los rostros de los niños pequeños son amablemente pegajosos; en la benigna barba gris de un anciano se enredan un par de migas de rico bizcocho. La gente joven ha montado sus caballos y comienza a agruparse alrededor de la línea de salida del recorrido. Una anciana, menuda, gorda y risueña, reparte flores que saca de un cesto, y los jóvenes altos llevan sus flores en sus cabellos esplendorosos. Un niño de nueve o diez años se sienta en el límite de la multitud, a solas, tocando una flauta de madera. La gente se detiene para escuchar y sonríe, pero no le hablan, porque él nunca deja de tocar y nunca los ve, con sus ojos oscuros del todo absortos en la dulce y tenue magia de la melodía.

Termina y lentamente baja las manos sosteniendo la flauta de madera.

Como si ese breve silencio privado fuera la señal, de repente suena una trompeta desde el pabellón cerca de la línea de salida: imperiosa, melancólica, penetrante. Los caballos se encabritan sobre sus delgadas patas y algunos relinchan en respuesta. Los jóvenes jinetes, de rostro sobrio, acarician el cuello de los caballos y los tranquilizan susurrando: «Tranquilo, tranquilo, ya está, mi belleza, mi esperanza...». Comienzan a ponerse en fila siguiendo la línea de salida. Las multitudes a lo largo del hipódromo son como un campo de hierba y flores al viento. Ha comenzado el Festival de Verano.

¿Te lo crees? ¿Aceptas la fiesta, la ciudad, la alegría? ¿No? Entonces déjame describir una cosa más.

En un sótano bajo uno de los hermosos edificios públicos de Ome-las, o quizá en el sótano de una de sus espaciosas casas particulares, hay una estancia. La puerta está cerrada con llave y no tiene ventanas. Un poco de luz polvorienta se filtra entre las grietas de las tablas, luz de segunda mano procedente de una ventana cubierta de telarañas en algún lugar del sótano. En un rincón de la pequeña estancia, un par de fregonas, con cabezas rígidas, coaguladas y malolientes, están apoyadas en la pared cerca de un cubo oxidado. El suelo está sucio, un poco húmedo al tacto, como suele ser la suciedad del sótano. La estancia mide unos tres pasos de largo y dos de ancho: un simple armario de escobas o cuarto de herramientas en desuso. En la habitación hay un niño sentado. Podría ser un niño o una niña. Parece tener seis años, pero en realidad tiene casi diez. Es deficiente. Quizá nació así, o quizá se ha vuelto deficiente por el miedo, la desnutrición y la negligencia. Se hurga la nariz y de vez en cuando juguetea un poco con los dedos de los pies o los genitales, mientras se mantiene encorvado en el suelo en la esquina más alejada del cubo y las dos fregonas. Tiene miedo de las fregonas. Le parecen horribles. Cierra los ojos, pero sabe que las fregonas todavía están allí, y la puerta está cerrada, y nadie vendrá. La puerta siempre está cerrada y nadie viene nunca, salvo que, a veces, el niño no comprende el tiempo ni los intervalos, a veces la puerta resuena terriblemente y se abre, y aparece una persona, o varias personas. Una de ellas puede entrar y patearle para que

se ponga de pie. Los otros nunca se acercan, pero lo miran con ojos asustados y disgustados. Le llenan deprisa el cuenco de comida y la jarra de agua, la puerta se cierra con llave, los ojos desaparecen. La gente de la puerta nunca dice nada, pero el niño, que no siempre ha vivido en el cuarto de herramientas y puede recordar la luz del sol y la voz de su madre, a veces habla: «Seré bueno. Por favor, déjeme salir. ¡Seré bueno!». Ellos nunca responden. El niño solía gritar pidiendo ayuda por la noche y llorar mucho, pero ahora solo hace una especie de lloriqueo, «ahhh, ahhh», y habla cada vez con menos frecuencia: es tan delgado que no tiene pantorrillas en las piernas, el vientre le sobresale, vive a base de medio tazón de harina de maíz y grasa al día. Está desnudo. Las nalgas y los muslos son una masa de llagas infectadas, ya que se sienta continuamente en sus propios excrementos.

Todos saben que está ahí, toda la gente de Omelas. Algunos han llegado a verlo, otros se contentan simplemente con saber que está ahí. Todos saben que tiene que estar ahí. Algunos entienden por qué y otros no, pero todos comprenden que su felicidad, la belleza de su ciudad, la ternura de sus amistades, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus eruditos, la habilidad de sus creadores, incluso la abundancia de sus cosechas y el agradable clima de sus cielos dependen por completo del abominable sufrimiento de ese niño.

Esto se le suele explicar a los niños cuando tienen entre ocho y doce años, cuando ya parecen capaces de comprender; y la mayoría de los que acuden a ver al niño son jóvenes, aunque a menudo un adulto viene para ver al niño, o vuelve para verlo otra vez. No importa lo bien que se les haya explicado el asunto, esos jóvenes espectadores siempre se quedan conmovidos y asqueados ante lo que ven. Sienten asco, algo a lo que se habían considerado inmunes. Sienten rabia, indignación, impotencia, a pesar de todas las explicaciones. Les gustaría hacer algo por el niño. Pero no hay nada que puedan hacer. Si al niño lo sacaran a la luz del sol, fuera de ese lugar vil, si lo limpiaran, lo alimentaran y lo consolaran, sería algo bueno, en verdad; pero si se hiciera, en ese mismo día y hora, toda la prosperidad, la belleza y el deleite de Omelas se marchitarían y serían destruidas. Esas son las condiciones. Cambiar toda la bondad y la gracia de cada vida en Omelas por esa única y pequeña mejora, desha-

cerse de la felicidad de miles de personas por la oportunidad de la felicidad de una: eso sería sin duda admitir la culpa dentro de los muros.

Las condiciones son estrictas y absolutas; ni siquiera se le puede decir una palabra amable al niño.

A menudo, los jóvenes regresan a casa llorando, o con rabia sin lágrimas, después de ver al niño y enfrentarse a esta terrible paradoja. Pueden pensar sobre él durante semanas o años. Pero, a medida que pasa el tiempo, comienzan a darse cuenta de que, incluso si se pudiera liberar al niño, no sacaría mucho provecho de su libertad: un poco de vago placer por el calor y la comida, sin duda, pero poco más. Está demasiado degradado y es demasiado estúpido como para conocer una verdadera alegría. Ha tenido miedo durante demasiado tiempo como para estar libre de él. Sus costumbres son demasiado groseras como para que responda a un trato humano. De hecho, después de tanto tiempo, probablemente se sentiría triste sin muros a su alrededor que lo protegieran, y oscuridad para sus ojos, y su propio excremento para sentarse. Sus lágrimas por la amarga injusticia se secan cuando comienzan a percibir la terrible justicia de la realidad, y a aceptarla. Sin embargo, son sus lágrimas y su ira, la prueba de su generosidad y la aceptación de su impotencia, lo que quizá sea la verdadera fuente del esplendor de sus vidas. La suya no es una felicidad insípida e irresponsable. Saben que ellos, como el niño, no son libres. Conocen la compasión. Es la existencia del niño y el conocimiento de su existencia lo que hace posible la nobleza de su arquitectura, la intensidad de su música, la profundidad de su ciencia. Es debido al niño por lo que son tan amables con los niños. Saben que, si el pobre desgraciado no estuviera lloriqueando en la oscuridad, el otro, el flautista, no podría hacer música alegre mientras los jóvenes jinetes se alinean en su belleza para la carrera a la luz del sol de la primera mañana de verano.

¿Ahora crees en ellos? ¿No son más creíbles? Pero hay algo más que contar, y es bastante increíble.

A veces, una de las chicas o chicos adolescentes que van a ver al niño no vuelve a casa a llorar o a enfurecerse, de hecho no vuelve a casa en absoluto. A veces también un hombre o una mujer mucho mayor se queda en silencio durante uno o dos días y luego se va de casa. Esa gente sale a la calle y camina sola por la calle. Siguen caminando y salen direc-

tamente de la ciudad de Omelas, a través de las hermosas puertas. Siguen caminando por las tierras de cultivo de Omelas. Van a solas, chico o chica, hombre o mujer. Cae la noche; el viajero debe pasar por las calles del pueblo, entre las casas con ventanas iluminadas de amarillo, y salir a la oscuridad de los campos. Cada quién a solas, van al oeste o al norte, hacia las montañas. Continúan caminando. Se marchan de Omelas, caminan hacia la oscuridad y no regresan. El lugar al que van es un lugar aún menos imaginable para la mayoría de nosotros que la ciudad de la felicidad. No puedo describirlo en absoluto. Es posible que no exista. Pero parecen saber a dónde van, quienes se marchan de Omelas.